

BASTIAN

Seudónimo: **Isabel**

Hoy hemos trasladado su cuerpo con sumo cuidado hasta la huerta que nuestro amigo Pablo tiene cerca del pueblo. Se trata de un pequeño terreno de apenas dos tahúllas de extensión con una pequeña casa de aperos en la que apenas guarda alguna azada holgazana y multitud de frutales desperdigados, que ha heredado de su padre no hace demasiado tiempo. Allí, entre el silencio denso que la muerte impone y que nuestro hijo Bastian no llega a comprender del todo, hemos decidido enterrar el cadáver de nuestro perro, que ha constituido durante bastantes años un foco de alegría y de enorme felicidad en nuestro hogar. A pesar de no estar permitido el entierro de ningún tipo de animales fuera de los lugares autorizados, nuestro amigo ha preferido ignorar la norma y brindarle a nuestro pequeño un lugar en el que poder visitar y recordar siempre a su inseparable amigo.

A nuestra llegada, Pablo ya ha cavado, junto a la higuera de verdales que aprovisiona nuestra mesa de higos verdales cada final de verano, un hoyo profundo y amplio en el que cabe holgadamente el cuerpo de nuestro perro, por lo que ha sido fácil depositar el cadáver del animal, envuelto en una tela de colores claros y ya bastante gastados que lo oculta completamente de nuestras miradas. A pesar de haber sido un momento duro y tenso, Bastian se ha comportado como un verdadero adulto y apenas si ha cerrado sus ojos a modo de despedida, que no sabemos si ha llegado a comprender en toda su dimensión.

En sus manos ha traído una pequeña tablilla de cartón-piedra recortado para la ocasión en la que aparece rotulado el nombre de "Roni" con caracteres aún inseguros a pesar de la ayuda de su hermana. Hace poco tiempo que Bastian ha sido capaz de escribir su primera palabra completa a pesar de sus doce años, pero todos nos hemos sentido orgullosos de él cuando lo ha

depositado con suma suavidad sobre el pequeño cúmulo que apenas si sobresale del resto del terreno, justo al lado de una cruz improvisada que Pablo ha compuesto con dos pequeñas ramas y un escueto cordel, a sabiendas de que los perros no profesan ninguna religión, que el viento y la lluvia no tardarán en llevarse a ninguna parte. Allí hemos permanecido un rato mirando la tierra removida y dándole con el roce de nuestros párpados las últimas caricias a esa piel abnegada y repleta de pelo sedoso que ya nunca volverá a corretear esquivando, con una agilidad digna de elogio, los muebles que se apilan sin remedio a lo largo de nuestro pasillo.

Me ha sorprendido sobremanera el silencio casi sepulcral con el que Bastian ha permanecido delante del enterramiento, tomando mi mano con la suya diminuta y apretando de vez en cuando sus ojos rasgados y su pequeña nariz “en silla” a modo de preguntas por un aire que no lleva respuestas. Lo he visto suspirar varias veces con cierta congoja en sus pulmones, como si realmente llegara a comprender que nuestro perro fiel y en exceso cariñoso, definitivamente, no va a volver a nuestra casa, o que va a poder disfrutar ahora de otro hogar en el que va a ser también muy feliz, como le hemos ido diciendo mientras lo preparábamos para este momento tan difícil, por muy esperado que lo teníamos al conocer su enfermedad, después de toda una vida juntos. No nos lo habíamos planteado, pero estamos bastante contentos al comprobar que estos últimos tiempos ha dejado de aparecer por la comisura de sus labios ese hilillo de baba líquida que siempre manaba sin remedio cuando se encontraba demasiado triste o alterado por cualquier circunstancia que le superaba. Y lo hemos mirado varias veces con cierto aire de complicidad y una bonita sensación de complacencia.

En un momento dado, su hermana le ha entregado un pequeño ramillete con cuatro o cinco margaritas que ha recogido espontáneamente de una planta con abundantes flores en la puerta de la pequeña finca y Bastian, sin que nadie le haya enseñado su destino, las ha depositado lentamente al lado del cartel que lleva grabado el nombre con colores rotundos y llamativos, y ha esbozado una ligera sonrisa sin abrir su boca en absoluto mientras pronunciaba con una voz que parecía tener en el fondo cierto tono de alegría la palabra “Ro-ni”; así, dicho

con su voz más clara, separando ampliamente las dos sílabas, con una naturalidad exacta a modo de epitafio, o de oración de despedida que su abuela le suele enseñar las tardes de los domingos cuando vamos a visitarla. Luego ha soltado despacio mi mano y se ha alejado dando la espalda a la improvisada tumba. A los pocos pasos ha detenido su figura frágil y delicada frente al sol ya cansado de la tarde y allí ha permanecido quieto y en silencio unos breves momentos en los que han aparecido por su epicanto un buen puñado de lágrimas redondas y sinceras, limpias y transparentes como su mirada que no entiende de dobleces. Cuando mi esposa se ha percatado, se ha limitado a cogerme por la cintura y apoyar lentamente su cabeza en mi hombro demasiado acostumbrado a su presencia, mientras yo he intuido que ella, irremediablemente, también lloraba, esta vez de alegría.